

APROXIMACIONES CONCEPTUALES A LO NO AGROPECUARIO Y SUS IMPLICACIONES PARA LAS ESTRATEGIAS DE DESARROLLO RURAL

Clara Craviotti*

INTRODUCCION

Existe una corriente analítica que ha tomado cuerpo en las instituciones vinculadas al desarrollo rural latinoamericano que, especialmente en los últimos años, ha dado cuenta de la importancia del empleo y el ingreso rural no agropecuario (ERNA e IRNA, respectivamente) y, sobre esa base, propugna la necesidad de una reorientación en las políticas hacia el sector. Este cambio se podría resumir en el pasaje de lo sectorial (agropecuario) a lo territorial (y multidimensional).

El propósito de este trabajo es reflexionar sobre la potencialidad de este concepto para los estudios rurales latinoamericanos, a la vez que analizar sus implicaciones para las estrategias de desarrollo rural, tomando como referencia empírica a la región pampeana argentina. Para ello se hará una breve síntesis de la bibliografía reciente, que alude a esta "nueva" aproximación a lo rural (entrecomillado porque, con distinto énfasis, la multiplicación de las fuentes de ingreso ha formado parte de las descripciones tradicionales sobre el campesinado). Se presentarán entonces algunos datos referidos a la importancia del ERNA en América Latina, así como algunos desarrollos teóricos en relación al tema, para luego comentar los vacíos (y desafíos) que plantean tanto desde el punto de vista conceptual como metodológico.

No podemos dejar de mencionar, aunque no sea el propósito de este trabajo, cómo algunos temas que aparecen señalados en trabajos más antiguos como uno de

* Centro de Estudios de Sociología del Trabajo, Universidad de Buenos Aires, Argentina

los aspectos que deben ser tenidos en cuenta, dentro de una batería de acciones dirigidas al desarrollo rural,¹ va adquiriendo progresivamente una centralidad que hace que algunas versiones simplificadoras la visualicen como "la" solución a los problemas del agro latinoamericano.

Otro tema conexo se relaciona con la forma cómo, en nuestros países, resalta el tema del ERNA, mientras que en países europeos es por el contrario la "pluriactividad" el referente conceptual de peso, lo que remite más claramente a una conexión con lo agrario. En cambio en la aproximación al ERNA esta conexión es algo no necesariamente analizado, en la medida en que no forma parte del concepto. ¿Se estará propugnando, en forma más o menos velada, un éxodo de la agricultura? A este interrogante trataremos de responder en el punto sobre las implicancias del "enfoque ERNA" para las estrategias de desarrollo rural.

En cuanto al renovado interés por el tema, parece originarse en un artículo de Alain de Janvry, Sadoulet y Wilcox (1990) que relaciona el PIB por habitante con el volumen de PEA rural y PEA ocupada en la agricultura. Según ese análisis, el ERNA es más elevado en los países más ricos y de economía menos agraria.²

Más influyente -en la medida en que se cita en casi todos los trabajos- ha sido sin embargo el artículo de Klein (1993), que recopila y sistematiza datos censales, principalmente de la década de los setenta, de dieciocho países latinoamericanos, y muestra el dinamismo de crecimiento del sector no agrícola.

En los últimos cinco años, los trabajos recurren no tanto a fuentes censales sino a datos provenientes de encuestas de hogares rurales y -en menor medida- a estudios

1 En este sentido se puede mencionar, a título de ejemplo, que ya en un documento de la FAO de 1983 ("Combatir contra la pobreza rural. Programa de acción de la FAO para la reforma agraria y el desarrollo rural") se menciona la necesidad de fomentar las actividades rurales no agrícolas

2 Sin embargo, debe señalarse que a pesar de los datos que presentan, sustentando las ventajas relativas al ingreso rural no agropecuario, esos autores no son entusiastas a la hora de defender esta opción de empleo como remedio para la pobreza en el campo. Al respecto, señalan que los países latinoamericanos, contrariamente a los asiáticos, no han tenido mucho éxito en sus esfuerzos por crear fuentes de empleo no agrícola en las zonas rurales, y que el remedio más eficaz contra la pobreza rural es una economía urbana dinámica que absorba la mano de obra, sobre todo en ausencia de la reforma agraria y de la descentralización de la actividad económica. (de Janvry et al. 1990: 31)

de casos, para sustentar la necesidad de una revisión de las políticas de desarrollo rural imperantes. Estos análisis han sido presentados en diversos seminarios coordinados por organismos internacionales como FAO y CEPAL.³

IMPORTANCIA DEL EMPLEO Y EL INGRESO RURAL NO AGROPECUARIO EN AMERICA LATINA

El empleo rural no agropecuario puede ser entendido como las actividades desarrolladas por los hogares rurales, distintas al empleo en la propia explotación agrícola o como asalariado en otras explotaciones agropecuarias; abarca actividades manufactureras que incluyen a la agroindustria, y a los servicios de distinto tipo incluyendo el comercio. (RIMISP 1999)

El trabajo ya comentado de Klein señala que, de la población rural, un 70% tenía su ocupación principal en la agricultura, pero mientras la proporción de personas dedicadas a esta actividad estaba disminuyendo en prácticamente todos los países, a una tasa anual del 0.8% a nivel agregado, el ERNA estaba aumentando al 3.4% anual. El estudio muestra que la estructura del ERNA es similar a la del mercado de trabajo urbano no agrícola, en cuanto a la importancia relativa de cada sector de la actividad.

Basado en estudios de casos, Klein también señala que, desde el punto de vista del ingreso, las ocupaciones no agrícolas son mejores que las relacionadas con la agricultura, y que los ocupados destinan una proporción mucho mayor de tiempo a la actividad agrícola que la proporción de ingreso que representa sobre el ingreso total.

En Brasil, análisis de encuestas de hogares realizados por Graziano da Silva y equipo en el marco del Proyecto Rurubano (1999), muestran que los trabajadores ocupados en actividades no agrícolas representaban un cuarto de la población económicamente activa residente en áreas rurales; más de la mitad de los ocupados

3 Véanse al respecto los documentos presentados en el Seminario Internacional Interrelación rural-urbana y desarrollo descentralizado, Taxco, México, 9 a 11 de abril de 1997, organizado por FAO, o en el Tercer Simposio Latinoamericano de Investigación y Extensión en Sistemas Agropecuarios, organizado por RIMISP en Lima, Perú, agosto de 1998 o en el más reciente Seminario Internacional sobre desarrollo del empleo no agrícola en América Latina, auspiciado por el BID, FAO y CEPAL y organizado por RIMISP, Santiago, Chile, 6 al 8 de setiembre de 1999. El FIDA también está fomentando proyectos que recuperan este enfoque, financiando actividades rurales no agropecuarias.

en actividades no agrícolas estaban empleados en el sector servicios. Este grupo de trabajadores experimentó un crecimiento significativo durante la primera mitad de la década de los noventa. Por otro lado, las rentas medias de las actividades no agrícolas de los habitantes rurales estaban más próximas a las rentas de sus pares urbanos que a las de las personas ocupadas en actividades agropecuarias.

Un reciente trabajo de Berdegué et al. (2000b), es todavía más contundente: considera que para la segunda mitad de la década de los noventa, el IRNA tiende a ubicarse por encima del 40% del ingreso total de los hogares rurales en la gran mayoría de los países de la región. Por otra parte, el empleo rural no agropecuario ha pasado a ser totalmente dominante en el caso de las mujeres rurales que participan del mercado de trabajo.

En cuanto a los tipos de empleos no agrícolas prevalecientes a nivel rural, se destaca el trabajo asalariado. Según Berdegué et al. (2000a), con frecuencia éste ofrece salarios significativamente mayores y mejores condiciones de trabajo que el autoempleo no agrícola, tendencia que se acentúa en las zonas rurales más dinámicas y con menor concentración de la pobreza. El empleo asalariado en el sector servicios (incluyendo al sector público) es más frecuente que el autoempleo rural no agrícola en la industria.

El empleo no agrícola por cuenta propia sería mucho menos frecuente en América Latina que el autoempleo agrícola, a pesar de que con frecuencia el primero es mucho mejor remunerado que el segundo. Se caracteriza por su fuerte bimodalidad, al incluir tanto actividades no dinámicas que constituyen empleos refugio, como otras que, al estar vinculadas a mercados dinámicos, se traducen en empleo productivo y de buena calidad.

HALLAZGOS EMPIRICOS Y DESARROLLOS TEORICOS

Los principales desarrollos conceptuales en relación al tema del ERNA quizás podrían resumirse en la siguiente pregunta: ¿De qué depende su nivel, tanto en términos absolutos como relativos? ¿Qué condiciones deben darse para que se den empleos rurales no agropecuarios de buena calidad? Esta preocupación se plantea a diversos niveles: el nivel micro de los hogares, pero también a nivel más agregado, de las regiones y de los países.

Sobre este tema, Reardon *et al.* (1998) han centrado su explicación en lo que podría llamarse la *dotación de activos*. Según esta teoría, la decisión de un hogar de participar de una actividad en el sector rural no agropecuario, y la selección de la actividad en cuestión, es una función de los incentivos que tiene y de su capacidad para participar. Entre los incentivos están los factores de atracción (como ganar un ingreso más alto) y de expulsión (compensar una falta de acceso al crédito, falta de tierra). Entre las capacidades destacan la educación, alguna forma de riqueza liquidable, en presencia de restricción del crédito, y la ubicación del hogar o el acceso a un vehículo. En la perspectiva de los autores, esta situación da lugar a una paradoja: los hogares más pobres, que tienen una mayor necesidad de empleo remunerado en el sector rural no agropecuario, están limitados de participar en él por su falta de activos.

Esta paradoja da al empleo rural no agropecuario una distribución bimodal: los pobres son relegados a los empleos menos remunerativos y con alta intensidad de mano de obra no calificada, mientras que los ricos, a las actividades más remunerativas y de alta intensidad de capital (humano o físico). A nivel más agregado se reitera esta paradoja, determinando que las zonas con mayor necesidad de estos empleos son las que tienen menos recursos como para su desarrollo.

Una preocupación vinculada a ésta tiene que ver con la identificación de la o las actividades que pueden funcionar como "motores", propiciando el desarrollo de empleos rurales no agrícolas. Esto suministraría las bases para orientar exitosamente las políticas de desarrollo rural. En este sentido, puede plantearse una transición en los estudios sobre el tema: de un énfasis en las dinámicas generadas desde la agricultura al rescate (más reciente) de la multiplicidad de posibilidades para su desarrollo.

Un trabajo exponente de la primera corriente es el de María Elena Cruz; señala que la mayor parte de los países de América Latina poseen una fuerte tradición de centralización de las actividades productivas más dinámicas, lo que incluye la industria y, más recientemente, los servicios; por ello, en las áreas rurales no son abundantes las fuentes de trabajo que no tienen alguna vinculación directa o indirecta con la actividad agrícola. (Cruz 1998)

En el mismo sentido, un seminario conjunto de BID-FAO-CEPAL-RIMISP (1999) señala como conclusión que la importancia del ERNA "está fuertemente condicionada por las potencialidades de desarrollo de la agricultura" y la calidad de activos de los hogares. Diferenciaba las zonas según el dinamismo de su agricultura,

encontrando que en las zonas de agricultura dinámica, la dependencia del ERNA es comparativamente menor, pero el nivel absoluto del ingreso proveniente de este tipo de empleos es más alto que en otro tipo de zonas. Lo inverso ocurre en las zonas de agricultura de baja productividad.

Sin embargo, ya Klein en su trabajo pionero de 1993 decía que no siempre el crecimiento del ERNA estaba asociado sólo al desarrollo de la agricultura, siendo posible desarrollar la industria rural a partir de estímulos originados en los mercados externos. Una situación de este tipo es ilustrada por el trabajo de Luciano Martínez (1998) sobre la industria textil artesanal de Ecuador, desarrollada en áreas rurales.

Sin embargo, entre los trabajos más recientes es el de Graziano da Silva (1999) el que más defiende la teoría de otras vías, distintas a la agricultura, para el desarrollo del ERNA. Da Silva sostiene que debido a la importancia que han adquirido las demandas de la población urbana y rural no agrícola en las regiones más urbanizadas, existen otras dinámicas (las llama dinámicas inmobiliarias), como son la demanda de la población rural de altos ingresos, de lugares de esparcimiento o segundas residencias, la demanda de población urbana de bajos ingresos de parcelas de tierra para establecer sus viviendas cercanas a las ciudades y la demanda de empresas industriales y de servicios por las ventajas de las áreas rurales en relación a los centros urbanos.

En la visión de este autor, *el desarrollo rural no es un proceso homogéneo, ni desde el punto de vista espacial ni en relación a la dinámica que está por detrás de él*. No sólo la modernización del sector agrícola no es la única vía para la generación de ERNA, sino que no siempre una región agrícola moderna logra también desarrollar los sectores rurales no agropecuarios. Inciden en el resultado otras variables, como la distribución del ingreso agrícola.

Al recoger esas afirmaciones, el trabajo de Berdegué et al (2000b) propone una tipología de "motores" que propician el desarrollo de empleos rurales no agrícolas, muchos de los cuales son exógenos a las zonas rurales. En este sentido discriminan: los empleos originados en la demanda de la producción agrícola (como los servicios de maquinaria y de transporte), los vinculados a las actividades primarias no agrícolas (minería, caza, pesca); al consumo de la población rural (comercio minorista), al consumo de la población urbana (casas de fin de semana, turismo rural); los originados en los servicios públicos en las zonas rurales (salud, educación) y en la expansión de zonas urbanas (construcción).

PROBLEMAS CONCEPTUALES Y METODOLOGICOS

Los importantes avances realizados en la identificación y medición del empleo rural no agropecuario presentan, sin embargo, algunas limitaciones tanto desde el punto de vista conceptual como metodológico. En este apartado presentaremos algunas ideas al respecto.

Un primer tema se refiere a la débil conexión que presenta la temática, tal como es abordada, con la teoría de la estructura agraria. Dada la aproximación al tema, con énfasis en lo económico y en los datos agregados, no podemos saber de qué tipo de sujetos sociales estamos hablando. ¿Se trata de productores que tienen además otra ocupación no agropecuaria, hijos de éstos que no tienen vinculación con la actividad agraria por falta de posibilidades de insertarse en esta actividad, pero "formados" en la misma, o por el contrario, de sujetos sin vinculaciones de ningún tipo con lo agrario? En ese sentido, el concepto de pluriactividad, que abordaremos más adelante, tiene la ventaja de aludir explícitamente a "tener un pie" en la actividad agropecuaria.

Otro problema se refiere a la difícil conceptualización de lo "rural" y lo que éste encierra. ¿Estamos hablando de zonas rurales porque no alcanzan cierta concentración mínima de población, o bien porque en ellas predominan las actividades primarias? ¿O son rurales porque no tienen acceso a los típicos servicios municipales (recolección de residuos, etc), o bien por su atraso y aislamiento? Está claro, además, que no existe una definición unificada, a nivel de los países, sobre lo que se considera zonas urbanas y rurales.

Esto último nos conduce a alguno de los problemas metodológicos que ya han sido identificados por otros trabajos. Se ha señalado que los datos de los censos suelen exagerar el volumen del empleo no agrícola en las zonas rurales, porque frecuentemente la periferia de las ciudades sigue siendo considerada como zona rural, o porque los habitantes rurales declaran actividades no agropecuarias en realidad ejercidas en el espacio urbano (de Janvry *et al.* 1990; da Silva 1999)

Otra serie de dificultades emergen vinculadas a las clasificaciones de las actividades productivas. Algunas actividades de transformación de productos primarios pueden ser consideradas como generadoras de ingreso rural no agropecuario, cuando son elaboradas en una planta industrial ubicada en una zona rural, pero pueden ser consideradas como ingreso agropecuario cuando se trata de producción artesanal de quesos que se realiza en la propia explotación (Escobar 1999).

Inclusive, hay quienes adoptan una definición más que amplia de lo que se considera empleo rural no agropecuario, incluyendo en éste todo lo que no sea propiamente predial, ya sea agrícola o no. (Cruz 1998)

Por último, además de la débil conexión del "tema ERNA" con la estructura agraria que mencionáramos al principio, existe otro vacío en la bibliografía: se refiere a explorar, no tanto las vinculaciones entre los sectores rurales no agrícolas y el sector agrícola, sino también, las relaciones entre los diversos sectores rurales no agrícolas y su congéneres urbanos (da Silva 1999).

UN BREVE RECORRIDO POR UN CONCEPTO ALTERNATIVO AL DE ERNA: LA PLURIACTIVIDAD

Arraigado en la tradición europea, otro concepto viene abriéndose camino en las ciencias sociales latinoamericanas: el de pluriactividad. Tampoco éste es un concepto unívoco: en la vertiente francesa abarca las actividades ejercidas por los hogares de productores, que trascienden lo *propiamente predial agropecuario* (por ejemplo, la comercialización de la propia producción); pero en otras vertientes, por ejemplo la brasileña (da Silva, Schneider), la pluriactividad es entendida como la combinación de las actividades agrícolas y no agrícolas, es decir, tiene un alcance más acotado, al no incluir los casos de productores que además ejercen actividades como asalariados agrícolas.

Por otro lado, ambos conceptos -ERNA y pluriactividad- pueden remitir a situaciones heterogéneas; pueden darse en casos de escasez de recursos productivos o, por el contrario, como complemento de una agricultura exitosa (Cruz 1998).

Sin embargo, la noción de pluriactividad tiene el potencial de referirse a la combinación de actividades por parte de la familia, que sigue manteniendo su actividad agrícola. Su conexión con la teoría de la estructura agraria también está explícita en enfoques que ven a la pluriactividad (*part-time farming* era el concepto utilizado entonces) como un freno a los procesos de diferenciación y a la concentración del capital en la agricultura (Buttel 1982).

Asimismo, los trabajos sobre pluriactividad con frecuencia se preguntan por este nuevo tipo social agrario. Se trata de indagar en su especificidad en relación al "agrario puro". (Cucullu y Murmis 1998). Es decir, se intenta ver en qué medida la necesidad de compatibilizar actividades puede llevar a cambios en la asignación del

trabajo, como la incorporación de miembros no activos a las tareas productivas; si existen o no transferencias de ingresos desde lo agrario hacia lo extrapredial, o viceversa. También, hasta qué punto las estrategias productivas son diferentes a las de los otros productores, por ejemplo, en la preferencia por producciones que requieren menos mano de obra. Finalmente está el tema de las identidades, que es más complejo: cómo estos sujetos sociales "híbridos" se consideran a sí mismos, cuáles son sus intereses.

Por otro lado, la pluriactividad remite más claramente a la idea de un proceso: al estudiar este fenómeno surgen las preguntas de cómo se llega a esta situación y qué estabilidad presenta; cuál es la dinámica de transformación del sector agrario en relación al resto de la economía. Esto, a su vez, requiere un abordaje multidimensional y una metodología con fuerte énfasis en lo cualitativo, hasta ahora no tan presente en los trabajos sobre el ERNA.

Sin embargo, en la visión de algunos estudiosos sobre el empleo rural no agropecuario, serían relativamente pocos los hogares rurales que obtienen un porcentaje importante de su ingreso de dos o más empleos. (Berdegú et al. 2000a). Según esa visión, la pluriactividad, *"es menor a la habitualmente supuesta por diversos analistas. La mayoría de los hogares tiende a especializarse en un tipo de empleo (agrícola o no agrícola, asalariado o por cuenta propia). Esto es congruente con la teoría que indica que las estrategias de generación de ingresos de un hogar rural están determinadas por su posición particular en cuanto a su dotación de activos (capital humano, capital físico, capital financiero, capital social, capital natural)."* (BID-FAO-CEPAL-RIMISP 1999: 2).

Esta aproximación tiene, a nuestro juicio, el inconveniente de englobar en el colectivo "hogar" las distintas posibilidades de inserción en el mercado de trabajo que poseen sus integrantes; tampoco considera las expectativas diferenciales que éstos pudieran tener. Puede ser discutida, además, desde múltiples estudios de caso y las mismas fuentes censales, que muestran la combinación de ocupaciones en distintos estratos de productores. En el caso argentino, el último censo agropecuario (1988) mostraba que un 30% de los productores del país tenían una ocupación remunerada fuera del predio.

Adicionalmente, se puede plantear que el enfoque centrado en el ERNA puede resultar demasiado restrictivo en áreas donde ha existido un fuerte proceso de migración rural-urbana. En el caso argentino, donde la población rural representaba en 1991 el 13% del total, y la proyección para el año 2000 es del 10.4% (INDEC-CELADE, 1997), sin duda es pertinente analizar sus alternativas ocupacionales, en especial si se tienen en cuenta las deficiencias de sus condiciones de vida en relación

a sus pares urbanos. Pero centrarse exclusivamente en la población de residencia rural puede llegar a resultar parcial, si lo que se pretende es lograr una aproximación más completa a lo que se denomina, un poco genéricamente, "nueva ruralidad".

Por el contrario, el análisis de la pluriactividad, de las estrategias ocupacionales de los hogares de productores agropecuarios, que muchas veces residen en pequeñas localidades (en Argentina, si éstas superan los 2000 habitantes son considerados habitantes urbanos), permite captar su inserción en espacios no agrarios, e inclusive en los vinculados a las nuevas funciones del medio rural (como lugar de esparcimiento, de segunda residencia). Una breve referencia empírica permitirá ilustrar este punto.

En áreas de agricultura dinámica, como las pertenecientes al área núcleo de la región pampeana argentina, productora de granos destinados al mercado mundial, los productores familiares capitalizados suelen desempeñar tareas externas al predio, pero claramente vinculadas a lo agrario: es el caso de las actividades como contratistas de servicios (tareas de cultivo y/o cosecha), o el transporte de la producción, a cambio de una tarifa. Existe toda una línea de trabajo centrada en estos "contratistas" y el papel que han desempeñado en la agricultura pampeana (Baumeister 1980; Tort 1983; Llovet 1991; entre otros trabajos).

Un estudio más reciente (Craviotti 2000), sin embargo, permitió identificar otras modalidades de pluriactividad, en las que un estrato familiar-empresarial logra acoplar actividades extraprediales agropecuarias y no agropecuarias, conformando "sistemas de explotación" donde las actividades están integradas. Aquí aparece más claramente la puesta en juego de un capital económico más importante para su inicio (lo que a veces supone la toma de deuda), cierto nivel de capital social y una mayor capacidad empresarial para gestionar explotaciones más complejas.

Por el contrario, en los productores familiares de bajos recursos de estas áreas, encontramos la combinación del trabajo en el predio con ocupaciones extraprediales no agropecuarias. En varios de estos casos, en realidad se dio un vuelco de la actividad como contratista de maquinaria a actividades por cuenta propia no agropecuarias, en gran parte originado en los crecientes requerimientos de escala de esta actividad. Es decir, se trata de productores que no pueden o no quieren seguir un camino de intensificación de la producción, con lo cual buscan nuevas oportunidades de inserción no agropecuaria, a la vez que mantienen la producción en su predio con baja intensidad.

En áreas menos dinámicas desde el punto de vista agrario, pero próximas a los centros urbanos, un estudio en curso ha permitido delinear otro tipo de situaciones: por un lado, casos de productores familiares donde la actividad agraria muestra un carácter fuertemente complementario a una actividad principal no agraria. En esos casos, la pluriactividad parece no ser transitoria, sino un esquema que se retroalimenta: la actividad externa posibilita desarrollar una actividad con un ingreso fuertemente estacional, como es la agropecuaria, y al mismo tiempo con un manejo extensivo y de baja productividad. Por otro lado, este tipo de manejo no plantea demasiados requerimientos de trabajo en la explotación, posibilitando el desarrollo, sin demasiados contratiempos, de la actividad externa.

Por otro lado, el surgimiento de nuevas inserciones productivas a partir de los usos no agropecuarios del espacio rural. Para quienes tradicionalmente son productores, el desarrollo de alternativas de esparcimiento en el medio rural (como el agroturismo) genera ingresos complementarios a partir de nuevas oportunidades laborales (jardineros, empleadas domésticas) o nuevos "nichos de mercado" donde vender subproductos agropecuarios. En otros casos, la venta de tierra rural con fines residenciales permite obtener un pequeño capital que genera renta, y mantener la actividad agropecuaria no ya como propietario, sino como arrendatario.

Es de resaltar que ambos estudios de caso muestran un predominio de las ocupaciones por cuenta propia en los productores pluriactivos. Esto puede ser un resultado de las características del mercado de trabajo local, pero también de la mayor flexibilidad de este tipo de empleos frente al trabajo asalariado, para combinarse con el trabajo en el predio. A esto se suma que muchas veces las ocupaciones por cuenta propia permiten la asignación del trabajo de distintos miembros de la familia, en reemplazo del jefe de hogar, en función de los requerimientos que plantea el trabajo en la explotación. Este tipo de situaciones, de empleo alternativo de miembros de la familia, se dan por ejemplo en el caso de los pequeños comercios.

Con estos elementos, es posible plantear como hipótesis que, si en los trabajos sobre el empleo rural no agropecuario se identifica una tendencia a favor del trabajo asalariado, es porque se consideran los datos a nivel agregado. Distintos matices podrían encontrarse discriminando el análisis según configuraciones productivas locales y vínculo de los hogares con la actividad agropecuaria. Coincidimos, sin embargo, con la apreciación de varios de estos estudios, en el sentido de que la categoría "trabajo por cuenta propia" es fuertemente heterogénea, ya que engloba actividades de baja calificación, o donde el capital requerido es mínimo, con otras donde se da todo lo contrario y, por consiguiente, los niveles de remuneración son también muy diferentes.

Por otro lado, este tipo de estudios permiten profundizar en los factores que facilitan una mayor inserción de los productores en las actividades rurales no agropecuarias, que pueden hacerse extensivos a otros hogares rurales. A las capacidades identificadas por Reardon y otros (la ubicación, alguna forma de riqueza líquida, la educación, el acceso a un vehículo), agregaríamos, con especial énfasis, el *capital social*. Esto puede englobar desde clientes, hasta fuentes de información o de financiamiento no tradicionales.

En este sentido, coincidimos con Carneiro (1997) cuando sostiene que el espacio de reproducción del agricultor tradicional puede ser reducido a la localidad, mientras que los pluriactivos mantienen relaciones más diversificadas y más frecuentes con instancias de territorios más amplios.

Finalmente, en los incentivos que posibilitan el desarrollo del empleo rural no agropecuario, agregaríamos las oportunidades ofrecidas por el marco institucional local. Los casos analizados muestran que la trama institucional es muy débil en lo que se refiere al fomento de actividades no agropecuarias, destinadas a los habitantes del medio rural. Ya sea porque no se las identifica, o porque se las menosprecia como alternativa "para los auténticos productores". Esto se nota en varias trayectorias de los hogares involucrados en este tipo de empleos, donde se destaca la *iniciativa individual* o la habilidad para identificar nuevas posibilidades de supervivencia, y no tanto las alternativas generadas desde las propias instituciones.

Vemos así que a partir de un concepto como el de pluriactividad, es posible alcanzar una visión de la "nueva ruralidad" sin perder de vista la cuestión de la estructura agraria y las diferentes posibilidades de inserción de los estratos que la componen.

ALGUNAS IMPLICACIONES DE ESTOS CONCEPTOS PARA LAS ESTRATEGIAS DE DESARROLLO RURAL

Más allá de los hallazgos empíricos y los debates teóricos, tanto el ERNA como la pluriactividad tienen una faceta claramente política. En el caso de la pluriactividad, en las primeras formulaciones de la Política Agraria Común en Europa se apuntaba al incremento de la producción y eso se correspondía con la imagen del productor trabajando a tiempo completo. A partir de la visualización de las contradicciones de dicha política y el despoblamiento de las áreas rurales, ésta contempla, en sus formulaciones más recientes, el fomento de la pluriactividad en las zonas rurales desfa-

vorecidas, como forma de mantener el tejido social y proteger el medio ambiente.⁴ En este contexto surge el Programa LEADER, que apoya las actividades alternativas generadas desde las propias comunidades. En síntesis, se apunta a una política más regional que sectorial.

El interés por el tema ERNA aparece en América Latina vinculado también a una motivación política; básicamente, la superación de la pobreza de las áreas rurales. Así, se señala:

"Al empleo no agrícola en el medio rural se lo observa con nuevos ojos debido a dos razones: la primera es que la agricultura moderna no crea los empleos suficientes como para otorgar ocupación productiva a toda la oferta de mano de obra disponible en el medio rural; la segunda es que este tipo de empleos muestra que existen posibilidades de crear empleos productivos y bien remunerados, en un contexto de preocupación por el fenómeno de pobreza rural que persiste" (Cruz 1998:1).

El ERNA *"es un mecanismo de superación de la pobreza que la sola actividad agrícola no ofrece; permite estabilizar los ingresos, compensando la estacionalidad de la producción y del empleo agrícola, y permite diversificar las fuentes de ingreso, reduciendo los efectos de los riesgos inherentes a la agricultura". (Schejtman 1999: 26).*

"(...) los datos indican que desde el punto de vista del ingreso, las ocupaciones no agrícolas son mejores que las relacionadas con la agricultura y que, por lo tanto, una de las maneras de aumentar el ingreso de los ocupados en la agricultura es lograr un cambio en su actividad económica" (Klein 1993: 343).

"El empleo y el ingreso rurales no agropecuarios son parte de la solución de al menos tres grandes problemas del mundo rural latinoamericano: la pobreza, la transformación del sector agropecuario y la modernización del mundo rural." (Berdegué, Reardon y Escobar 2000b: 2).

El punto de llegada es un énfasis parecido al encontrado en las políticas europeas. Se plantea la necesidad de una visión "multisectorial del desarrollo productivo territorial" (BID-FAO-CEPAL-RIMISP 1999).

4 En efecto, se demostró que los subsidios de precios contemplados en la PAC beneficiaban a determinados productores, y que la producción tendía a concentrarse en las regiones más favorecidas y en las explotaciones más competitivas, y que se estaba dando una disminución de explotaciones, especialmente en las regiones montañosas y desfavorecidas.

De la falta de consideración y aún discriminación, se pasa a plantear la pluriactividad como solución a gran parte de los problemas agrarios, rurales y aún sociales (Craviotti 1999).

En algunas de estas formulaciones, está de alguna manera implícita la existencia de un sector agrícola moderno, en manos de sectores sociales diferentes de la agricultura familiar. Frente al carácter expulsor de mano de obra de la agricultura moderna, el incremento del desempleo en las áreas urbanas y un marco general signado por fuertes condicionantes para formular políticas alternativas, se termina planteando el desarrollo de empleos rurales no agropecuarios para la población excedente.

Sin embargo, como decíamos en otro trabajo (Craviotti 1999) la preocupación por enfatizar el potencial de las actividades rurales no agrarias quizás obscurezca que ambos enfoques del desarrollo no son necesariamente contradictorios, sino complementarios.

A pesar de estas reservas, creemos que tanto el tema ERNA como el de la pluriactividad tienen el potencial de generar interés por un enfoque más amplio del desarrollo rural, al aludir por una parte a nuevas inserciones laborales de los habitantes del medio rural y por la otra, a nuevos roles de los espacios rurales y, por consiguiente, la necesidad de reconocer una multiplicidad de actores con capacidad de influenciar en este proceso. También puede dar pie a políticas diferenciadas social y geográficamente, que consideren las zonas en función de la mayor o menor presencia de actividades dinámicas, ya sean agropecuarias o no.

Posiblemente sus implicaciones mayores sean a nivel institucional, en términos de plantearse fórmulas de trabajo distintas para la gran mayoría de las instancias, gubernamentales o no gubernamentales, que fueron creadas y funcionan a partir de un enfoque propiamente sectorial, tanto en el nivel nacional como el provincial y el municipal.

Sin embargo, las dificultades encontradas para dinamizar las zonas rurales en general, así como los problemas conceptuales y metodológicos vinculados a la temática "ERNA" que previamente mencionamos, sugieren que su planteo como vía para el desarrollo rural supone un reconocimiento previo de los tipos de sujetos sociales que se quiere fortalecer y, especialmente, un diagnóstico de su inserción actual en las actividades agrarias y no agrarias. De otra manera, es posible que una política de este tipo no sólo no tenga el "efecto de contención" deseado, sino que termine beneficiando a los sectores con una mejor situación de partida, es decir, con una mayor capacidad de acumulación.⁵

5 Vale la pena hacer hincapié en algunos antecedentes empíricos, que muestran que el desarrollo del empleo rural no agropecuario no disminuyó la desigualdad en la distribución de ingresos rurales, sino todo lo contrario (Elbers y Lanjouw 2000).

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Baumeister, Eduardo. 1980. Estructura agraria, ocupacional y cambio tecnológico en la región cerealera- maicera. La figura del contratista de máquina. Documento de Trabajo No. 10. Centro de Estudios e Investigaciones Laborales CEIL- CONICET, Buenos Aires.
- Berdegué, Julio, Thomas Reardon y Germán Escobar. 2000a. " Empleo e ingresos rurales en América Latina y el Caribe", presentado en la Conferencia Desarrollo de la Economía Rural y Reducción de la Pobreza en América Latina y el Caribe, organizado por el BID, Nueva Orleans, 24 de marzo.
- Berdegué, Julio, Thomas Reardon y Germán Escobar. 2000b. "Empleo e ingresos rurales en América Latina y el Caribe", presentado en Seminario de Investigación y Extensión en Sistemas de Producción, organizado por RIM-ISP, Santiago de Chile, noviembre. En: www.rimisp.cl
- BID-FAO-CEPAL- RIMISP. 1999. "Documento de conclusiones y recomendaciones del Seminario internacional sobre desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina", Santiago de Chile, setiembre.
- Carneiro, María José. 1997. Ruralidade: novas identidades em construção. En: Anais do XXXV Congresso Brasileiro de Economía e Sociologia Rural (SOBER). Natal, agosto.
- Craviotti, Clara. 1999, "Pluriactividad: su incorporación en los enfoques y políticas de desarrollo rural", Estudios del trabajo No 17, ASET, Buenos Aires.
- Craviotti, Clara. 2000. "Pluriactividad y diferenciación de los productores familiares pampeanos". En: Tercer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, 17 al 20 de mayo, Buenos Aires.

- Cruz, María Elena. 1998. "Empleo e ingresos no agrícolas en América Latina", presentado en el Tercer Simposio sobre Investigación y Extensión en Sistemas Agropecuarios, Lima.
- Cucullu, Gloria y Miguel Murmis. 1998, "Pluriactividad entre productores agrarios: Un proyecto sobre el partido de Lobos (provincia de Buenos Aires), presentado en las Jornadas de Estudios Agrarios Horacio Giberti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 13 y 14 de agosto.
- Da Silva, Graziano. 1999. *O novo rural brasileiro*, 2 ed revisada, Coleção Pesquisas 1, UNICAMP, Campinas, San Pablo.
- de Janvry, Alain, Elizabeth Sadoulet y Linda Wilcox 1990. "La mano de obra rural en América Latina", *Revista Internacional del Trabajo*, Vol 109, número 1, pags 1-58.
- Elbers C. y P. Lanjouw 2000, *Inequality and the non-farm sector in rural Ecuador: Evidence at the household and community level*. Mimeo.
- Escobar, Germán. 1999, "Empleo rural no agropecuario: ¿Una alternativa estratégica para el desarrollo?". Seminario internacional sobre desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina, Santiago de Chile, setiembre.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC)-Centro Latinoamericano de Estadística (CELADF) 1997. *Serie Análisis Demográfico No. 7*, Buenos Aires.
- Klein, Emilio. 1993. "El empleo rural no agrícola en América Latina". En *Latinoamérica agraria hacia el siglo XXI*, Quito, CEPLAES, págs 329-359.
- Llovet, Ignacio. 1991. "Contratismo y agricultura". En: O. Barsky (ed). *El desarrollo agropecuario pampeano*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Martínez, Luciano. 1998. "Actividades rurales no agrícolas en Ecuador", presentado en el Tercer Simposio sobre Investigación y Extensión en Sistemas Agropecuarios, Lima.
- Reardon, Thomas, María Elena Cruz y Julio Berdegué. 1998. "Los pobres en el desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina: paradojas y desafíos",

presentado en el Tercer Simposio sobre Investigación y Extensión en Sistemas Agropecuarios, RIMISP, Santiago de Chile.

Schejtman, Alexander. 1999. "Las dimensiones urbanas en el desarrollo rural".
Revista de la CEPAL 67, abril, pags 15-32.

Tort, María Isabel. 1983. Los contratistas de maquinaria agrícola: una modalidad de organización económica del trabajo agrícola en la pampa húmeda, Documento de trabajo No.11. CEIL, Buenos Aires.